

Gracias, don Pedro, por haber sido tan generoso con nosotros sus alumnos. Nos dio lo que el programa decía que nos debía dar, pero también se dio usted, y era un usted muy, muy usted. No cualquiera. Supongo que me recuerda, soy -de acuerdo a sus propias palabras y acertada precisión- la dulcísima Rosaura.

*Nota: Escrito de la licenciada Rosaura Barahona, leído por la licenciada Magdalena Vignau de Aguirre.*

## Palabras del señor Eugenio Armendaiz

Señoras y señores:

**H**e sido invitado a este homenaje al profesor Pedro Reyes Velázquez, que me honra, pero temo quedar muy por debajo de lo que él merece. Válgame la comprensión de todos ustedes y el afecto que él y yo nos teníamos mutuamente.

Creo que él hubiera estado muy satisfecho –de haberlo supuesto– al ver que este homenaje se realiza aquí, en la Capilla Alfonsina de la Universidad de Nuevo León, y con la asistencia de sus familiares y amigos.

¿Cómo era el maestro Pedro? Bueno, debo decir, en primer lugar, que yo lo conocí y traté por muchos años. Y también que, aunque éramos compadres, pues mi esposa y yo somos padrinos de su hijo Eugenio, que está aquí presente, siempre nos tratamos de usted, aunque eso no impidió que me confiara cosas íntimas que quizá a pocos haya comunicado. Es decir, lo conocí bien.

Era desde luego una persona con capacidades diversas: ya oímos que era periodista, político y desde luego maestro. Hombre de carácter, inteligente, defensor de sus principios. Yo diría insobornable. Tenía sus desplantes. Yo lo traté porque era parte de un grupo de

diez o doce parejas que nos reuníamos los sábados por la noche, a eso de las nueve, en las distintas casas, y allí llegaba él con su señora esposa a la que él llamaba "Tata" de cariño, y nosotros también, por supuesto, y nos daba conferencias sobre temas literarios, a las que llamábamos "clases", que sí lo eran por el orden que llevaban, pero no en el sentido que tuviéramos que hacer tareas o presentar examen. Fueron de mucha utilidad para nosotros, porque nos orientaba, y contestaba nuestras preguntas, etc.

Allí llegaba el maestro cargado de libros que prestaba con toda generosidad. Y ya que hablo de esto, tengo que decir que hace unos días vine a conocer la Capilla Alfonsina, para ambientarme un poco. Me mostraron arriba, en la Sala de Literatura, los libros que pertenecieron a Pedro y que la Universidad adquirió de su viuda. Ya oímos hace un rato que son como 7,000. Están a continuación de los 26,169 de don Alfonso Reyes. Después los del maestro Covarrubias, y así hasta más de 50,000 ejemplares. Yo nunca sospeché que Pedro tuviera tantos libros.

Bueno, repito que los prestaba con toda generosidad, para que conociéramos las obras, y desde luego nos explicaba en cada caso todo lo relativo al autor, ubicación en el tiempo, características de su estilo. Sus clases eran una delicia, porque siempre manejaba el tema no nada más con conocimiento, sino con verdadero gusto. Le gustaba la materia. Le gustaba y sabía enseñar.

Decíamos que tenía sus desplantes. Era un verdadero personaje. Le encantaba espolear con pullitas. Por ejemplo, a mi esposa, que es muy amiga de la música española, le decía: "Sí... la España de pandereta..." o

cuando hablaba de que le gustaba Bécquer o la música de Chopin, le soltaba: "Usted se va con el bacilo de Kock"... Así, con burlita, y se reía... o a mí, que sabía que me había criado en España y que mi madre y hermanos vivían allá, me soltaba: "España, ese país en donde el filete en lugar de comérselo lo torear"...

Pero era siempre atento y cortés. Su agresividad era un juego. Era desde luego muy pulcro y bien arreglado. Llegaba bien boleado. Se solía limpiar los zapatos en "La Perra Suerte", que era un expendio de lotería que estaba al lado del edificio de Salinas y Rocha, por la calle de Zaragoza con Morelos, y que desapareció con la Macro Plaza. Tengo que decir también, con respecto a su corrección y pulcritud, que nunca le oí decir palabras malsonantes. Nunca, ni cuando no había señoras. Era pugnaz, no le gustaba perder las discusiones, atacaba, pero siempre con respeto. Un respeto mordaz y picosillo, pero respeto.

Ya oímos que fue periodista y sin duda de los más leídos. Durante muchos años colaboró con *El Norte* y a últimas fechas con *El Porvenir*. Me contó que escribía a máquina y casi siempre de una sentada. Tenía mucha práctica. Alguna vez me dijo: "Hay que procurar que el lector no adivine desde el principio lo que va usted a decir, para que llegue hasta el final".

No sé si ya me extendí demasiado, pero en fin, creo que debo contar algunas cosas más.

Bueno, ya dije que las clases empezaban con su conferencia. Se sentaba y empezaba la exposición. Tenía una memoria formidable. Se acordaba de toda clase de datos, referentes al autor, a la obra, a la época, y así recorrió, a lo largo de los años, toda la literatura.

Empezó con autores latinos, luego con la lengua castellana, desde el Mio Cid hasta nuestros días, pasando por la literatura de la Edad Media, luego el Renacimiento, el Siglo de Oro, el Romanticismo, el Modernismo. Todo, la literatura hispano-americana, literatura inglesa, francesa, alemana, italiana, Premios Nobel.

Y, después de la conferencia, venía la cena, y él disfrutaba con todo. Con la cena, con el vinito, con la sobremesa; porque normalmente estábamos, las señoras en una mesa y los señores en otra. Y allí se armaban a veces unas discusiones muy sabrosas. Allí revolcaba al que fuera... aunque alguna vez también le tocó perder. Luego venía la música. Era un grupo en donde había gente que le gustaba tocar y que lo hacía muy bien. Y el maestro empezaba, "preludio, preludio", y entonces la señora Adriana Benítez de González Landois, aquí presente, se sentaba al piano y tocaba el Preludio Núm. 7 de Chopin... trala, la, la, la, la, la, la, la.

Luego tocaba otras cosas de música clásica, y a continuación venían otros intérpretes o mi esposa, que también sabía acompañar a los que quisieran cantar. Por cierto que Pedro cantaba muchas canciones. Y cuando le preguntaban, ¿en qué tono, profesor?, El contestaba fachendosamente, "en cualquiera, yo soy tenor absoluto"... A veces cantaba una canción que siempre dedicaba a su esposa. La canción se llama "Fue mentira", del maestro Esparza Oteo, y que va así: "Fuiste mentirosa con mi querer al jurarme que me amabas de verdad",... y terminaba..." y aunque el beso que te di, yo jamás te lo fingí, fue mentira, fue mentira, fue mentira nuestro amor". Al concluir le decíamos: "fue mentira... y le dio nueve hijos... conque"... Pedro se reía socarronamente.

A veces él mismo se acompañó con la guitarra, como aquel corrido que iba así: "Óiganme el nuevo corrido, óiganmelo sin respingos, de cómo los mexicanos nos vamos volviendo gringos. Quick lunch llaman a la fonda y al señor le dicen mister, y pa'pedirte una hermana, te dicen, give me your sister, óiganme el nuevo corrido".

En esas veladas, imborrables en nuestra memoria, todos disfrutábamos enormemente. Y, cuando se ofrecía, él también decía algunos poemas que se sabía de memoria, como aquel de Antonio Machado que va así:

"Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería.

Oye otra vez, Dios mío, mi corazón clamar.

Tu voluntad se hizo, Señor, contra la mía.

Señor, ya estamos solos mi corazón y el mar".

Para terminar, quiero decir que el maestro quiso que entendiéramos el valor que tiene la palabra. Claro, la palabra escrita, pero la palabra como el mejor y el más auténtico medio de comunicación y de progreso.

Por eso, repito lo que en otra ocasión dije: Pedro Reyes Velázquez, compadre, amigo y maestro, gracias por todo lo que nos diste".

Muchas gracias.

BUENAS TARDES:

MUCHAS GRACIAS POR ESTAR AQUÍ PRESENTES:

EL SIGUIENTE TEXTO FUE ENVIADO POR MI HERMANA LETICIA, QUE VIVE EN EL VECINO PAÍS DEL NORTE DESDE HACE MUCHO TIEMPO.

ÉSTA ES SU PARTICIPACIÓN PARA ESTAR PRESENTE EN ESTE EVENTO.

MI PADRE Y MAESTRO: UNA SEMBLANZA.

**P**edro Reyes Velázquez, maestro, periodista, hombre político, también padre de una numerosa familia. Para mí, los recuerdos que más vivamente perduran son los del padre y maestro. De niña, recuerdo la irritación que mis hermanos y yo sentíamos cuando había que guardar silencio, cuando mi madre nos recomendaba no molestar al padre que preparaba una conferencia o escribía uno de sus dos artículos diarios. ¿Qué hacía papá con los dos índices que picoteaban veloces las teclas de la vieja máquina de escribir? Salpicaba palabras en el papel, temprano en la mañana y de nuevo como a las cinco de la tarde, para llenar cada vez dos cuartillas, mientras el volumen del radio le servía de muralla frente al bullicio familiar. Y tras unos treinta minutos de intensa concentración, el artículo – original sin copia – estaba listo para ser llevado, en taxi, al respectivo periódico regiomontano en que se publicaba.

¡Ah, Maese Pedro! ¡Ah, Pit! Y saber mucho después que esos artículos eran ávidamente leídos por un vasto

público, que regocijaban con su vigor y fina ironía e instruían con su accesible lucidez a tantos fieles lectores, para quienes quizás eran el único acceso de un patrimonio cultural desconocido. Y comprender mucho más tarde que en sus escritos de tema político, mi padre supo despertar el celo cívico, atizando la inteligencia, invitando a una visión crítica y acertada de los problemas que afligían al país.

Padre severo e impaciente, nos exigía perfección en todo. No comprendía yo entonces la vida tan difícil que llevaba mi padre. El ritmo cotidiano lo volvía tenso, siempre con la presión de la hora, del compromiso siguiente. Artículo matutino, clases en el Tecnológico, de las ocho de la mañana a la una de la tarde. Siesta sagrada de quince hasta treinta minutos. Una o dos veces por semana, clases de Redacción y Periodismo en la llamada "Extensión del Centro", que era parte del Tecnológico. Artículo vespertino. Una o dos veces por semana, clases particulares, sea por la tarde, sea por la noche, a grupo de la alta estirpe regiomontana. Y valga decir, ¡qué puntualidad de hombre, qué pulcritud del traje, camisa blanca y corbata en pleno verano!

No sé cuándo ni cómo mi padre encontraba también tiempo para una activa labor política. No sospechaba de niña que esa labor había comenzado años antes de mi nacimiento, cuando el joven Pedro, aún soltero, viajó por toda la república con el grupo fundador, organizando las entidades locales del naciente Partido de Acción Nacional. Esa labor en cierto modo culminó poco antes de mi propia boda, cuando Pedro Reyes Velázquez participó en el Congreso Nacional —primer diputado de oposición en una época y país en que la oposición era más bien virtual— y hasta fue nombrado Vicepresidente de la Cámara de Diputados.

Fue de adolescente cuando tuve la grata experiencia de descubrir tanto al maestro como al político, los dos lados más públicos de mi padre, justo cuando se avecinaba una memorable elección. Un par de veces presencié y me uní a la euforia colectiva que provocaban los discursos políticos de mi padre. Era formidable ver cómo durante el mitin se iba multiplicando la gente; el grupo de fieles seguidores con que comenzaba el evento se ensanchaba pronto a varios miles de personas, sin duda cautivadas por la magistral oratoria de mi padre, pero también conmovidas por la franca exposición de verdades tristes y urgentes, y por la vehemencia con que se les exhortaba a participar en la vida política. No cabe duda que en muchos jóvenes esta temprana simiente dio frutos años más tarde.

El maestro de literatura fue toda una revelación, que corroboró mi incipiente vocación docente. Recuerdo la amplitud y la concreción con que mi padre exponía y explicaba conceptos, movimientos, escuelas, con una claridad difícil de igualar. Con todos mis títulos académicos, envidio al profesor autodidacto. ¿Cómo imitar aquel magistral uso del pizarrón con que iniciaba sus cursos? Con su letra nítida y uniforme, mi padre configuraba en esquemas y subdivisiones un extenso panorama histórico, en que se inscribían los pormenores que iban a ser examinados. Llenaba puntualmente toda la superficie, pero nunca le faltaba pizarra. Hoy día, esos esquemas todavía impresos en mi mente me sacan de apuros cuando no tengo tiempo o ganas de consultar textos más especializados. Mucho más significativo para mí fue ver esa entrega total, amorosa, al texto literario, sobre todo a ciertos poemas líricos de Machado, Lorca, Darío, Fray Luis de León, y muchos más. Al releer esos textos, visualizo y escucho a mi padre con su entusiasmo

contagante, la inflexión variada de la voz, el timbre dinámico con que impregnaba las palabras de emoción y de vida. Algo semejante ocurría cuando comentaba y leía su texto favorito, *El Quijote*. En el ambiente académico norteamericano jamás he escuchado algo parecido, y lo extraño, al maestro.

Vuelvo al padre. No era fácil convivir con él, varón patriarcal que no entendía o aceptaba crisis de adolescencia. Pese a su extremada autoridad, o quizás debido a ella, pienso que su indeleble huella es de marca muy positiva. A más de un hermano y hermana y a mí nos hizo fuertes de carácter, de convicciones claras y valores definidos. Ya adulta, pude hacer las paces con aquel padre intransigente, y nos volvimos grandes amigos, compartiendo lecturas, visiones del mundo y hasta viajes memorables. En Italia, a lo largo de museos y monumentos, me deslumbró su profundo conocimiento del arte renacentista, tema que yo asociaba más bien con otro admirado maestro, Alfonso Rubio. La visita que hicimos a la Catedral de Chartres en Francia fue una experiencia intensa, pues raras veces vi a mi padre tan conmovido. Luego nos explicó a mi madre y a mí que había añorado ese viaje a Chartres desde su adolescencia, al calor de los versos de Charles Peguy, versos que ahí recitó y que yo desconocía. Y en España, cada etapa del Camino de Compostela durante el Congreso Itinerante en el que yo participé, se vio enriquecida con la habilidad de infundir alma a la vetusta erudición y de integrarla a la cultura del presente. De esos viajes quedan vívidas estampas publicadas en varios periódicos del país.

Uno no escoge a los progenitores. Pero cuán formativo y definitivo ha sido para mí el contacto con mi padre. Me

marcaron su tenacidad, su rebeldía, su quijotesco idealismo, su temple moral. Quiero hoy también rendir homenaje a su memoria. Gracias, padre y maestro.

## Quando Maestro:

### Mercedes Elizondo de Martínez

Leñaste como un paraguas de conciencia a un grupo de mujeres jóvenes, recién casadas, unidas por el deseo de aprender. A ese grupo de solistas inmersas en una sociedad tradicional -que a menudo parecía oír casi o todas las respuestas y aceptar de nosotros la necesidad de conformarnos- dirigiste tus palabras, valientes y rebeldes, que como sacos repletos de corazón de hierro y dinamita el cambiante mundo en que vivíamos.

Cada martes, con tu sentido analítico y tus libros bajo el brazo, estudias puntualmente a la clase, y de manera informal ibas abriendo tu memoria para citar a aquellos autores literarios, clásicos y de vanguardia, que venían a llenar algo que aportar a nuestros debates. Compartías conceptos tan interesantes, colmados de agudeza y salpicados de ironías y divertidas anécdotas.

Nos invitabas a escuchar, no al mensaje que tiene toda la verdad, sino al que llama a la reflexión, ése que sacude el alma y conduce al cambio y a la transformación.

*Nota: Escrito de la licenciada Leticia Reyes Romo, leído por Magdalena Reyes Romo.*